

Gregorio Marañón: de la esfera unamuniana a la orteguiana (1914-1931)

Antonio López Vega

ORCID: 0000-0001-5744-6255

Resumen

En este artículo se estudia la ubicación de Gregorio Marañón en la conocida *pugna intergeneracional* entre Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset en los años anteriores a la coyuntura republicana. En ese período, Marañón se mostró más cercano al liderazgo unamuniano, al menos, hasta 1925. Posteriormente, fue basculando de modo paulatino hacia posiciones más cercanas a Ortega y Gasset que terminaron fraguando en el común impulso de la *Agrupación al servicio de la República*.

Palabras clave

Gregorio Marañón, Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset, intelectuales

Abstract

In this article, we study Gregorio Marañón's position in the well known *intergenerational struggle* between Miguel de Unamuno and José Ortega y Gasset in the years that preceded the republican juncture. In this period, Marañón showed he was closer to Unamunian leadership, at least, until 1925. Afterwards, he gradually swung to positions that were closer to those of Ortega y Gasset, positions that merged in the shared boost of the *Agrupación al Servicio de la República*.

Keywords

Gregorio Marañón, Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset, Intellectuals

1. Introducción

La historia intelectual del período que José-Carlos Mainer bautizó como *Edad de Plata de la Cultura Española* (1898-1936), ha sido contextualizada por nuestra historiografía en torno a las conocidas *generaciones del 98, 14 y 27*. Respecto a sus protagonistas, Miguel de Unamuno (1864-1936) y José Ortega y Gasset (1883-1955) han sido dos de los intelectuales que mayor interés han suscitado entre los estudiosos de esta disciplina. En este sentido, Carlos Serrano ha advertido que se debe evitar la "taxonomía simplificada cuando no simplista [...] que se ha venido empleando] para mantener erguido el pensamiento español, cuyo único y constante objeto, incansablemente repetido no era más que España misma [y donde] Unamuno y Ortega

Cómo citar este artículo:

López Vega, A. (2007). Gregorio Marañón: de la esfera unamuniana a la orteguiana (1914-1931). *Revista de Estudios Ortegaianos*, (14/15), 125-142.
<https://doi.org/10.63487/reo.590>

Revista de
 Estudios Ortegaianos
 N° 14/15. 2007
 mayo y noviembre



eran vistos como los dos soles mayores de esas «constelaciones»¹. Como consecuencia de ello, ha sido prioridad historiográfica la recuperación de otras figuras de este período y de su pensamiento en las últimas décadas². Las causas que explican ese vacío historiográfico que se está subsanando son obvias, por un lado, la prolifidad de autores y obras de gran calidad en esos años y, por otro, el silenciamiento de muchos de estos intelectuales durante los años del franquismo por su significación política e ideológica.

En ese contexto, Gregorio Marañón (1887-1960) es una de estas figuras que ha sido citada abundantemente pero sobre cuya figura y entidad intelectual no existen apenas trabajos rigurosos —el más destacado es el ensayo biográfico de Pedro Laín Entralgo³. La historiografía ha situado, *grosso modo*, a Marañón en el círculo orteguiano. El motivo, la implicación de ambos, junto a Ramón Pérez de Ayala, en el impulso de la Agrupación al Servicio de la República y su protagonismo durante los años republicanos. Este trabajo se propone analizar la ubicación del Dr. Marañón en los años anteriores a la coyuntura republicana. Para ello, nos vamos a fijar en el posicionamiento de Marañón en la conocida *pugna intergeneracional* entre Ortega y Gasset y Miguel de Unamuno, tal y como la denominó Vicente Cacho Viu⁴.

2. Gregorio Marañón entre los dos Soles (1914-1923)

Cuando se produjo el *desastre del 98*, Unamuno era uno de los pensadores con mayor ascendencia sobre la realidad política e intelectual del momento. En cambio, Ortega y Marañón apenas contaban quince y once años, respectivamente. Eran los que Vicente Cacho Viu llamó, con feliz expresión, *teenagers* del *desastre*⁵. En este ambiente de derrota realizaron su primer aprendizaje patriótico los hombres de la *generación del 14*. Fue en esa coyuntura de 1913/14 cuando estos intelectuales que recogían el legado de anteriores grupos generacionales —el *problema de España* de la *generación del 98*, el regeneracionismo o la reforma educativa bajo principios krausistas impulsada por Sanz del Río y

¹ C. Serrano, "El «nacimiento de los intelectuales»: algunos replanteamientos", *Ayer*, n.º. 40, Madrid: AHC-Marcial Pons, 2000, pp. 12-13.

² Ejemplo ilustrativo es la recuperación de Manuel Azaña acerca del cual se ha publicado, entre otros: M. AZAÑA, *Diarios Completos*. Barcelona: Crítica, 2000; J. MARICHAL, *La vocación de Manuel Azaña*. Madrid: Cuadernos para el diálogo, 1968, o S. JULIÁ, *Manuel Azaña. Una biografía política*. Madrid: Alianza, 1990.

³ P. LAÍN ENTRALGO, *Gregorio Marañón. Vida, obra y persona*. Madrid: Espasa-Calpe, 1969.

⁴ V. CACHO VIU, *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000, pp. 49-54 y *Repensar el noventa y ocho*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997, pp. 27-36.

⁵ V. CACHO VIU, *Repensar...*, ob. cit., pp. 97-115.

Giner de los Ríos—, tomaron conciencia de su específica misión como impulsores de una España *nueva* y liberal.

En 1913, el “No” a Maura en el sistema de turno abrió el camino al Partido Reformista liderado por Melquíades Álvarez y Gumersindo Azcárate. Al tiempo que éstos abogaban por la conocida “tesis accidentalista” —el republicanismo dejaba de ser prioritario—, Ortega invocó a *hacer la experiencia monárquica*⁶. Poco después, en octubre de 1913, el filósofo cifró el ideario a seguir en el Manifiesto fundacional de la *Liga de Educación Política*. Su primer acto público se celebró en el Teatro de la Comedia de Madrid, donde Ortega pronunció su famoso discurso “Vieja y nueva política”⁷. Allí señaló la necesidad de impulsar en España una *nueva política* que acabase con la *vieja política* del sistema de la Restauración. En esa nueva etapa debían jugar un papel fundamental las *elites* culturales y científicas españolas que debían impulsar la modernización de España a través de su *europaización*. Fue en ese contexto en el que se desarrolló la conocida polémica entre Unamuno y Ortega. Si el primero defendía la «españolización de Europa» como reflejo del casticismo latente en la obra de la *generación del 98*, el segundo abogaba por la «europaización de España» que se cifraba, básicamente, en solucionar el problema pedagógico que arrastraba nuestro país. Razón vital y ciencia eran las directrices marcadas por el filósofo para que su generación cumpliera su misión, asimilar la ciencia y la cultura española a la europea⁸.

Gregorio Marañón es considerado miembro de la *generación del 14*. En esos años que desembocarían en la Dictadura de Primo de Rivera, el interés del médico por la actualidad política fue muy relativo. De hecho, su firma no figura entre los que suscribieron el manifiesto fundacional de la Liga de Ortega. Como consecuencia de sus trabajos científicos y experimentales —centrados en la lucha contra las enfermedades infecciosas y la endocrinología, de la que fue pionero en España—, Marañón fue adquiriendo paulatinamente un considerable prestigio profesional que le dotó de relevancia social. Lo que conviene plantearse aquí es dónde se ubicó Marañón en esa disputa entre los dos *Soles*, Unamuno y Ortega, tal y como los llamó Carlos Serrano.

De su relación con el líder de su generación, Ortega, podemos señalar que apenas entró en contacto con las empresas del filósofo. De hecho, en este período, su firma apareció en contadas ocasiones en los que han sido considera-

⁶ J. ORTEGA Y GASSET, “Sencillas reflexiones”, *El Imparcial*, 10 de enero de 1913, en *Obras Completas*. Madrid: Taurus, 2005, vol. I, pp. 591-601. En adelante se citará según este esquema (I, 591-601).

⁷ I, 707-744.

⁸ V. CACHO VIU, *Repensar...*, *op. cit.*, pp. 123-126.

dos por Juan Marichal los principales órganos de expresión de la *generación del 14*, la revista semanal *España* y el diario *El Sol*⁹. Fue con motivo de la firma del «Manifiesto de adhesión a las Naciones aliadas», aparecido en el diario *España* el 9 de julio de 1915, cuando se vio por vez primera la firma de Marañón junto a la de la mayoría de los integrantes de su grupo generacional, pero no sólo junto a éstos. Con la suya y la de Ortega, aparecían las firmas de Alomar, Araquistáin, Azaña, Azorín, Azcárate, Achúcarro, Buylla, Cossío, Lafora, Menéndez Pidal, Galdós, Pittaluga, Posada, Simarro, Unamuno, Zulueta, Falla, Turina, Rusiñol, Zuloaga, Valle-Inclán o Pérez de Ayala, entre otros. Fue este último quién, por carta, invitó a Marañón a incorporar su firma en

un manifiesto de simpatía a los aliados, muy sobrio y en un tono sereno, dando a entender que no es toda España la que mete bulla callejera y entierra bajo flores al campeón del tradicionalismo, sino que hay otra España que trabaja calladamente, la cual, bien que reconociendo la neutralidad simpatiza ardorosamente con los aliados. Irá firmado por [...] todos los grandes pintores, escultores, músicos, hombres de ciencia, en suma, la verdadera España que es historia en estos momentos. Con los políticos no queremos nada [...] ¿Quiere Vd. firmar?¹⁰

Se puede decir que el conocido debate en la opinión pública española durante la Gran Guerra entre germanófilos y aliadófilos, fue la causa que terminó de congregarse a aquellos intelectuales. Con la derrota de las potencias centrales, aquellos hombres interpretaron que había llegado el final de las autocracias y que había llegado la hora de la democracia. Finalizada la Guerra, Ortega y su círculo consideraron que era el momento de implantar la *nueva España* que, desde hacía un lustro, el filósofo reclamaba. La nueva España debía tener como fundamento la libertad, la justicia social, la competencia y la modernidad¹¹. En esa línea, Marañón secundó el llamamiento de Ortega añadiendo su firma al manifiesto aparecido en *España* el 7 de noviembre de 1918, en el que solicitaban la implantación de un sistema democrático¹². Políticamente, desde la *crisis de 1917*, la situación no daba motivos al optimismo. En esa coyuntura, Alfonso XIII no accedió a la demanda de buena parte del mundo intelectual

⁹ J. MARICHAL, "La Generación de los intelectuales y la política (1909-1914)", en *La crisis de fin de siglo: ideología y literatura*. Barcelona: Ariel, 1974, p. 41.

¹⁰ Archivo Fundación Gregorio Marañón (en adelante FGM). Pérez de Ayala a Marañón. Signatura 6-80.

¹¹ III, 132.

¹² Junto a la suya aparecían las firmas de Unamuno, Simarro, Buylla, Cossío, Menéndez Pidal, Pittaluga, Azaña, Madinaveitia, Bello o Pérez de Ayala, entre otros.

para que nombrase a Melquíades Álvarez presidente del Gobierno. Éste exigía la disolución de las Cortes y la convocatoria a Constituyentes, algo que Alfonso XIII no aceptó. A partir de entonces la relación de los intelectuales y el rey no hizo más que deteriorarse culminando en su *divorcio* durante la década de los veinte¹³.

Pese a estos apoyos de Marañón a iniciativas o Manifiestos en gran medida auspiciados por Ortega, digamos desde ahora que Marañón, hasta mediados de los años veinte, tuvo una mayor sintonía y cercanía con Unamuno. Uno de los motivos que debieron jugar un papel importante en la relación entre Marañón y Ortega por entonces fue la vinculación de ambos con el mundo periodístico de la época. Así, mientras el autor de *España invertebrada* procedía de una familia vinculada al mundo de la comunicación –su padre, José Ortega Munilla, dirigía *El Imparcial*–, Marañón, por su parte, entroncó a través de su mujer con *El Liberal* –su suegro, Miguel Moya, era su director–. Este diario y *El Imparcial* habían estado unidos en el que se conoció como *Trust* de la Prensa o Sociedad Editorial de España, creada en mayo de 1906, presidida por Miguel Moya y dirigida, efectivamente, por Ortega Munilla. Una década más tarde, *El Imparcial* se separó del *Trust*. Estos vaivenes empresariales que implicaron a las dos familias debieron ser una de las causas –circunstanciales, sin duda– que hicieron que Marañón y Ortega no tuvieran un trato más estrecho durante estos años.

Ejemplo ilustrativo de ello se produjo cuando el Gobierno suspendió la subvención que el Estado daba a la prensa por la compra de papel nacional el 14 junio de 1920. Desde su nacimiento, *El Sol* había superado diferentes tentativas que buscaron evitar su consolidación. Entonces, aquel verano de 1920, el Gobierno impulsó dos Reales Órdenes que fijaban, entre otras cosas, el precio de los periódicos en diez céntimos o en quince en caso de superar el tamaño normal, como era el caso del diario de Ortega¹⁴. También limitaban el número de páginas y prohibían el establecimiento de suscripciones combinadas con otras publicaciones. Con estas disposiciones, el Gobierno atendía a las exigencias de diarios conservadores, fundamentalmente, *Abc* y *La Época* que pretendían perjudicar a *El Sol*. En la trastienda del mundo periodístico, aquellas medidas se interpretaron como el intento del jefe del Gobierno, Eduardo Dato, de atraerse a esos medios de comunicación. *El Sol*, que incumplió la orden de fijar el precio a quince céntimos –al igual que otros periódicos–, fue el único diario sancionado.

¹³ Para la relación de los intelectuales y el rey, véase S. JULIÁ, “Los intelectuales y el rey”, en J. MORENO LUZÓN, *Alfonso XIII. Un político en el trono*. Madrid: Marcial Pons, 2003, pp. 307-336.

¹⁴ Este episodio es relatado por J. ZAMORA BONILLA, *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza & Janés, 2002, pp. 201-205.

Es evidente que las circunstancias no facilitaron entonces la proximidad entre Ortega y Marañón. Con todo, se dirigieron y refirieron distintas muestras de respeto y consideración. Ejemplo de ello fueron las cartas de pésame que se enviaron ante luctuosos sucesos familiares o las escuetas misivas que se dirigieron a propósito de otras cuestiones (como el agradecimiento de Ortega a Marañón por su suscripción al *El Espectador* o la solicitud para que atendiera a su madre enferma)¹⁵. Por ello, puede decirse que la correspondencia entre ambos hasta bien entrada la Dictadura de Primo de Rivera, apenas trascendió cuestiones formales y protocolarias.

Por el contrario, la correspondencia de Marañón con Unamuno en estos años fue mucho más enjundiosa para el análisis del historiador¹⁶. Detengámonos en las cuestiones que concitaron el interés de estos dos hombres por entonces, diversas consideraciones acerca de Alfonso XIII y la situación en Marruecos. Una conclusión previa que se puede extraer de la misma y que avala el escaso interés de Marañón por la situación política hasta los años veinte –al margen de la cuestión sanitaria– es que no se conserva ninguna carta donde se haga referencia a la misma –algo llamativo si tenemos en cuenta la crítica situación que la política española vivía desde el verano de 1917.

Dicho esto señalemos que, como ha apuntado Javier Moreno, el enfrentamiento personal de Unamuno con el rey “encarna, mejor que nadie el distanciamiento de la inteligencia” con el monarca¹⁷. Alfonso XIII había fracasado repetidamente en la última década en su intento de atraerse a los intelectuales con objeto de fortalecer la Monarquía. A comienzos de los años veinte “era demasiado tarde: don Miguel se había vuelto ya contra la corona y no estaba dispuesto a desistir en la campaña de prensa que había estado librando contra la Monarquía y, en particular, contra la reina madre desde 1917”¹⁸. En esa cru-

¹⁵ En 1920 la familia Marañón Moya asistió a la pérdida de Miguel Moya –padre de Lolita– y de Manuel Marañón –padre del médico–. Dos años más tarde, en diciembre de 1922, al morir José Ortega Munilla, fue Marañón quien mostró sus condolencias a Ortega por tan señalada pérdida.

¹⁶ En este trabajo se citarán sólo cartas de Marañón a Unamuno. Desgraciadamente, durante la Guerra Civil Española se perdieron las que el literato envió al médico. Todas proceden del Archivo de la Casa Museo de Unamuno. Universidad de Salamanca. Cartas de Marañón a Unamuno. Caja M1. Sobre 107 bis (hay copia en FGM. Marañón a Unamuno. Signatura 3-10). Igualmente, las cartas enviadas por Marañón a Ortega proceden del Archivo de la Fundación Ortega y Gasset (hay copia en FGM. Marañón a Ortega y Gasset. Signatura 2-4), en tanto que las cartas de Ortega a Marañón proceden de FGM. Ortega y Gasset a Marañón. Signatura 6-47 (también hay copia en la FOG).

¹⁷ J. MORENO LUZÓN, «El rey de papel», en J. MORENO LUZÓN (ed.) *Alfonso XIII...*, ob. cit., p. 26.

¹⁸ M. C. HALL, “El rey imaginado. La construcción política de la imagen de Alfonso XIII”, en J. MORENO LUZÓN (ed.), *Alfonso XIII...*, ob. cit., p. 72.

zada, Unamuno utilizó todos los medios a su alcance. Marañón por su parte, había conocido a Alfonso XIII de la mano del marqués de la Vega Inclán¹⁹. Dado su prestigio profesional, atendía como médico a numerosas personas en Palacio. En las misivas que cruzó con Unamuno, Marañón no dejó de aludir a la costumbre palatina del juego, que contrariaba de modo ostensible a buena parte de la intelectualidad:

Le diré que este año, la locura ha adquirido un grado de paroxismo. Nada hay en España comparable a este vicio desenfrenado, contra el que no podrá nadie, porque el Jefe de la nación es también el número uno de los puntos. Esta temporada, en el Tiro de Pichón, el espectáculo es bochornoso. El Rey juega, aproximadamente, de 4 a 5.000 pesetas por tiro, esto es, por minuto. En la tarde de ayer, ha ganado 60.000 pesetas; y a este tenor las demás tardes. El partido de los *pajareros*, que él capitanea, lleva sacados a los *escopeteros* más de 400.000 pesetas en lo que va de temporada. No quiero decirle, porque son detalles que requieren la palabra hablada y aun el oído próximo, las artes que allí se ponen en juego, para el regio desplume. Este año quedarán algunas familias en estado mísero a consecuencia de todo esto. Y, lo terrible, es que no se perpetra en un garito, sino a la vista de todo Madrid, bajo el sol de mayo, con acompañamiento de gritos ensordecedores...

Unamuno, en uno de sus afilados artículos, criticó el popular hábito que el rey y su camarilla practicaban en la Casa de Campo. Poco después, Marañón comentó al literato cómo, entre los que rodeaban a Alfonso XIII, habían pensado

que el presidente del Tiro, el Marqués de la Scala, le escribiera a Vd. diciéndole que hacían lo que les daba la gana y que no se metiese Vd. en lo que no le importaba. Pero decidieron dejarlo, según me dijeron por consejo del mismo Rey. Yo les decía: ¿pero es verdad o no? Sí lo es, decían ellos, pero lo hacemos porque queremos. Pues Unamuno, les respondí, dice también lo que quiere y todos contentos. El Rey me hizo dos o tres insinuaciones a *los que se creen perfectos y censuran en los demás defectos que tal vez ellos tendrán mayores todavía*.

El otro tema que dominó esta correspondencia en este período fue la cuestión de Marruecos. Aunque hay múltiples referencias al papel de España en el escenario político internacional en lo relacionado con África sobresale, por encima de todo, la consternación que produjo el *desastre de Annual* en el verano

¹⁹ M. GÓMEZ-SANTOS, *Gregorio Marañón*. Barcelona: Plaza & Janés, 2001, p. 116.

de 1921²⁰. En concreto, El 11 agosto, Marañón se dirigió a Unamuno –desde la bella villa marítima de Saint Maló en la Bretaña francesa– con motivo de lo acaecido. El médico destacaba entonces cómo era *vox populi* las referencias que hacían al rey responsable de lo sucedido; “Mi querido Don Miguel: perdone que le ponga estas líneas pero, a esta distancia, es Vd. lo más alto que se ve de la España lejana [...]. Por aquí, y en París donde he estado estos días, se da como cosa segura que el desastre ha sido cosa personal del Rey. Aun en sitios donde tienen la obligación de callarse y de poner buena cara a todo, suspiraban y bajaban la cabeza”. Por supuesto, aquella información fue muy del gusto del rector de Salamanca. En todo caso, estas cartas muestran que en la coyuntura que, poco después, llevaría a la Dictadura de Primo de Rivera, la confianza y cercanía intelectual de Marañón era mucho mayor con Unamuno que con Ortega y Gasset.

3. La Dictadura de Primo de Rivera: Historia de una *basculación* (1923-1930)

A lo largo de la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) se asiste en el itinerario intelectual de Marañón a su basculación desde posiciones más cercanas a Unamuno hacia una postura más próxima a Ortega y Gasset. En esa oscilación tuvo una influencia fundamental la postura de ambos intelectuales hacia la Dictadura. Mientras Unamuno, desde el principio, se opuso al nuevo régimen, Ortega, como muchos intelectuales, vio en Primo de Rivera al posible *cirujano de hierro* reclamado desde hacía décadas por Joaquín Costa. No fueron pocos los que esperaban que con la nueva situación se pusiera fin a la *vieja política*, confiando que la Dictadura fuese el revulsivo que impulsase la *regeneración* de España y que, tras un breve período dictatorial, se abriera paso de nuevo un régimen liberal y democrático.

La supresión del sistema parlamentario liberal que había regido la vida política española durante casi cincuenta años propició, en la biografía de Marañón, sus años de mayor politización. Cuando Miguel Primo de Rivera llegó al poder con la connivencia real, Marañón no tardó en expresar su pesar. Así, ya en noviembre de 1923, manifestó a Miguel de Unamuno su “triste impresión de la posibilidad de una continuación de la Monarquía actual”²¹. Si bien el literato

²⁰ Así hay referencias, por ejemplo, a cuestiones como los rumores sobre la situación de Tánger y el interés de Inglaterra en esta cuestión o al ofrecimiento a España, poco después del desastre de *Annual*, para que actuase de árbitro entre las diferentes potencias europeas en la cuestión de la Alta Silesia.

²¹ En estas cartas Marañón valoraba la nueva situación política y criticaba la posición de algunos políticos–singulamente, al conde de Romanones y a Melquíades Álvarez–. Citadas por M. GÓMEZ-SANTOS, *Gregorio...*, ob. cit., pp. 224-226.

llevaba ya algunos años, como hemos visto, hostigando al monarca, no fue hasta septiembre de 1923 cuando Marañón se mostró a disgusto con Alfonso XIII –recordemos, en este sentido, el famoso viaje que realizó con el rey a la paupérrima región de Las Hurdes al comenzar el verano de 1922.

Al abordar la relación de Marañón con Unamuno conviene señalar desde ahora mismo que fue la común oposición al régimen militar el elemento de unión más eficaz entre ambos –algo que, a la postre, también fue lo que determinó su aproximación a Ortega al finalizar la década–. Como han señalado Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano, “frente a Ortega (o por lo menos al margen de él), Marañón, como Machado, Araquistáin y otros, mantuvo una estrecha y acendrada vinculación con Unamuno, el representante más caracterizado de la oposición sin fisuras contra Primo de Rivera”²². Sin embargo, como se puede ver en la correspondencia que Marañón dirigió a Unamuno, esa relación no estuvo exenta de recelos. Así por ejemplo, también en noviembre de 1923, generaron cierto malestar en Unamuno los rumores que corrieron entonces por Madrid acerca de la posible formación de un partido político formado en torno a círculos orteguianos que sería tolerado por el Directorio. Marañón trató entonces de mitigar la desconfianza de Unamuno al que dirigió las siguientes líneas:

Quiero que sepa, que todo eso del partido, tal como Vd. lo pinta, informado por lo que han dicho los periódicos estos días y quizá por gente de aquí, es completamente falso. [...] Verá Vd. lo que hay. En París, donde estaba con Goyanes y otros españoles cuando ocurrió la militarada, surgió la idea de una asociación o reunión o partido o como quiera llamársele de las gentes que hasta ahora hemos trabajado honradamente por nuestro país [...] y que hemos logrado un nombre, por lo menos respetado, fuera de España, lo cual nos autoriza y nos obliga a no parecer uno más de los españoles que se resignan regocijadamente a ser mandados por el primero que se lo proponga. Hablamos luego aquí y encontramos un ambiente favorable para formar esta minoría, sin otro programa que estar juntos y prepararnos contra el inevitable desencadenamiento de derechas cerriles que se nos viene encima. [...] Pensamos, desde luego, como condición indispensable, callar por ahora, mientras el decir algo signifique o una tachadura del censor o una patente de benevolencia del Directorio. [...] Por no tener yo significación de cabecilla y ser amigo de todos, me presté a servir de núcleo primero a la reunión. Pensábamos reunirnos hoy (domingo) para cambiar las primeras impresiones [...] cuando surgió

²² G. G. QUEIPO DE LLANO y J. TUSELL, *Los intelectuales y la República*. Madrid: Nerea, 1990, p. 205.

el suelto de *El Sol*. Este suelto tenía las apariencias de un anuncio oficioso de un partido, con su jefe, bajo la protección *solar* y, por lo tanto, grato al Directorio. El momento, además, era el peor. Y por ello, propuse estarnos quietos hasta que pasen estos días y no se nos lleve y se nos traiga con las paparruchas que han dicho los periódicos. Vea Vd., pues, que no hemos caído en el lazo, que sabemos nos tienden con insistencia. Quizá quede todo en nada. Quizá sea el principio de algo útil e importante. Allá veremos.

Marañón, suponiendo que lo que molestaba a Unamuno era el rumoreado acercamiento a círculos orteguianos, pocos días después, trató de atenuar la susceptibilidad de su interlocutor al que decía; “tal vez no desvaneciese del todo con [la anterior carta] las dudas, bien sensibles en la de usted, respecto a que anduviese yo en trapicheos con gentes de *El Sol* y de la Plaza de Oriente. Si así fue, quede desvanecido por completo ese recelo. [...] En cuanto a los de *El Sol*, excuso decirle que mi afinidad espiritual con ellos, es nula. Ya sé que Vd., cuyo juicio me importa mucho, lo sabe”²³. En cualquier caso, estas misivas son una muestra más de la pugna por el liderazgo intergeneracional entre Unamuno y Ortega.

Sin pertenecer a ningún partido político, Marañón se involucró en la oposición a la Dictadura teniendo una presencia más que notable en la esfera pública. Que Unamuno fuese el estandarte de esa oposición propició que, a lo largo de 1924, la correspondencia entre el literato y el médico se viese fortalecida como consecuencia de su común acción desde lugares como el Ateneo de Madrid. Es sabido que la oposición desde este centro cultural tuvo gran repercusión en su tiempo²⁴. Ya desde 1921 se venía reclamando en su seno responsabilidades políticas como consecuencia del *Desastre*. Llegada la Dictadura, en el Ateneo, además de Unamuno, fue Rodrigo Soriano quien se empleó con singular dureza contra el dictador. Tras diferentes encontronazos entre la institución cultural y el Directorio, éste emitió una *Nota oficiosa*, en la que clausuraba el Ateneo, destituía de su cátedra a Unamuno y le desterraba a la isla canaria de Fuerteventura junto a Soriano²⁵. La estrecha vinculación de Marañón con

²³ Citadas por M. GÓMEZ-SANTOS, *Gregorio...*, ob. cit., pp. 224-226.

²⁴ En este sentido, basta señalar la relevancia que dan a la oposición del Ateneo diferentes historiadores como se pone de manifiesto, por ejemplo, en algunos de los ensayos recogidos en J. L. GARCÍA DELGADO (ed.), *Los orígenes culturales de la II República*. Madrid: Siglo XXI, 1993. El caso de Marañón en el Ateneo como lugar de oposición a Primo ha sido estudiado por V. OUIMETTE, *Los intelectuales españoles y el naufragio del Liberalismo (1925-1956)*. Valencia: Pre-Textos, 1998, vol. II, pp. 292-293.

²⁵ Como consecuencia del ascendiente de Marañón se impulsó, a principios de 1924, su candidatura como presidente del Ateneo. Sin embargo, el Directorio impidió la celebración de dichas elecciones. Una referencia detallada de estos acontecimientos se encuentra en M.

el literato hizo que actuase entonces como correo de otras personas que conocían su frecuente correspondencia con Unamuno. Aunque estas cartas eran revisadas por la censura, Marañón no eludió referencias políticas en ellas. Tampoco omitió su pública adhesión a Unamuno desde la prensa –generalmente, a través de las páginas de *El Liberal*²⁶.

Como ha señalado M. C. Hall “el exilio de Unamuno ordenado por la Dictadura en 1924 marcó la ruptura de la Corona con la mayoría de la elite intelectual española” –singularmente con aquéllos que esperaban que Primo de Rivera fuera el *cirujano de hierro* costiano²⁷. Entonces una parte sustancial del ámbito universitario se puso en pie de guerra. Esa oposición estuvo jalonada por una serie de acontecimientos. Ya en 1924 muchos profesores universitarios suscribieron un manifiesto en el que mostraban su inquietud por la pretensión del dictador de perpetuarse en el poder²⁸. Casi un año después, el 28 de marzo de 1925, con motivo de la llegada de los restos mortales de Ángel Ganivet a Madrid, Marañón y otros como Américo Castro o Luis Jiménez de Asúa, intervinieron en la sesión necrológica que se celebró en el Paraninfo de la Ciudad Universitaria, donde denunciaron la actitud represora de la Dictadura. Como ha señalado Paul Aubert, aquél fue un acto de denuncia especialmente simbólico pues puso de manifiesto el compromiso político de aquellos intelectuales²⁹. La sesión fue suspendida cuando se intentó leer una carta de Unamuno que criticaba la política de Primo y de la que, previamente, se habían repartido 5.000 copias entre los asistentes³⁰. Marañón tuvo al tanto de lo sucedido a Unamuno. Como sabemos, la tensión en la Universidad continuó creciendo en los años siguientes con acontecimientos como los incidentes acaecidos en la apertura del Curso 1925-26, la expulsión del estudiante de ingeniería agrónoma Antonio María Sbert o la renuncia de diferentes catedráticos con motivo del Estatuto Universitario de 1928.

GÓMEZ-SANTOS, *Gregorio...*, ob. cit. pp. 160-163 y 230-235. Hay que hacer notar que, como consecuencia de la Guerra Civil, el archivo del Ateneo perdió los fondos relativos a esta época.

²⁶ Ejemplo de ello es el artículo en el que recogió el recuerdo de Unamuno del médico y escritor Duhamel que había visto llorar al desterrado al añorar sus clases y discípulos salmantinos. V. G. MARAÑÓN, “M. G. Duhamel”, *El Liberal*, 17 de diciembre de 1925.

²⁷ M. C. HALL, “El rey imaginado. La construcción política de la imagen de Alfonso XIII”, en J. MORENO LUZÓN (ed.), *Alfonso XIII...*, ob. cit., p. 72.

²⁸ Lo firmaron Marañón, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Ossorio, Pittaluga o Sainz Rodríguez, entre otros. Véase. S. JULIÁ, “Los intelectuales y el rey”, en J. MORENO LUZÓN (ed.), *Alfonso XIII...*, ob. cit., p. 328.

²⁹ P. AUBERT, “Intelectuales y cambio político”, en J. L. GARCÍA DELGADO (ed.), *Los orígenes culturales...*, ob. cit., p. 50.

³⁰ Lo referido a estos sucesos viene relatado en M. GÓMEZ-SANTOS, *Gregorio...*, ob. cit., pp. 243-270. Recoge la correspondencia entre Marañón y Unamuno referida a estos sucesos.

En este orden de cosas Marañón, como Unamuno, también fue objeto de la acción represora de la Dictadura. El motivo, la conspiración cívico-militar conocida como *La Sanjuanada*. El médico fue incriminado en ella y, como consecuencia de ello, fue encarcelado en la Modelo de Madrid, entre el 23 de junio y el 23 de julio de 1926, al tiempo que le fue impuesta una cuantiosa multa de 100.000 pesetas. Durante su estancia en la cárcel recibió misivas y adhesiones de personalidades de todos los ámbitos³¹.

Parece que se puede indicar el año de 1925, como el punto de inflexión en la oscilación de Marañón desde una posición próxima a Unamuno hacia una más cercana a Ortega. Es a partir de entonces cuando se empieza a hacer patente su distanciamiento de Unamuno y cuando, como veremos en seguida, se intensifica su correspondencia con Ortega. En las cartas con el primero, Marañón mostraba su percepción de la realidad confiando, erróneamente, en la pronta caída de la Dictadura. Estaba convencido de que el espíritu liberal era entonces más fuerte que nunca, percepción, sin duda, exagerada³². Sucesivamente, en los años siguientes, la relación entre los dos se fue enfriando de modo evidente. Muestra de ello es que, ya a la altura de 1928, Marañón le decía «veo por sus alusiones que ha leído Vd. mis últimas cosas y esto me alegra tanto que me consuela de que no le haya parecido bien»³³. En todo caso, esa relación, frecuente y afectuosa, se mantuvo mientras duró la Dictadura. De hecho, cuando el régimen militar finalizó, Marañón escribió a Unamuno:

La dictadura que acaba de morir [...] tuvo una falta original [...], la persecución a Don Miguel de Unamuno. Ella ha dado, sin embargo, al mundo entero, la medida de la estulticia del régimen [...]. Nadie ha sufrido en el destierro como este entrañable e insigne español. Pero ningún otro desterrado ha podido decir que su dolor de ausencia, haya sido tan fecundo como el suyo, para su patria. La salida de la dictadura, representa sólo la borradura de unos indeseables: más la casa había quedado muda y como vacía. [i]La vuelta de Unamuno la poblará de nuevo de fecunda inquietud!³⁴

³¹ Por ejemplo, los médicos Bernard Houssay, Augusto Pi y Suñer o Émile Gley. Su encarcelamiento generó diferentes notas de protesta en la prensa firmadas por los intelectuales más relevantes del momento. Véase V. OUIMETTE, *Los intelectuales españoles y...*, ob. cit., vol. II, pp. 299-302.

³² Cartas recogidas por M. Gómez-Santos, *Gregorio...*, ob. cit., pp. 247-251.

³³ En esta ocasión, se refería a un prólogo donde hacía una loa de la eficacia del gesto en la vida pública como muestra de la implicación política de los intelectuales. Véase G. MARAÑÓN, "El espectador lesionado", prólogo a J. Castrillo Santos, *Las rutas de la libertad*. Madrid: Reus, 1928 (*Obras Completas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1966, vol. I, pp. 445-50).

³⁴ Carta fechada a principios de febrero de 1929, *lapsus* obvio pues la Dictadura cae a finales de enero de 1930. Citada por M. GÓMEZ-SANTOS, *Gregorio...*, ob. cit., p. 287.

Así fue. Como es conocido, Unamuno volvió a España en loor de multitudes³⁵. Con todo, pese al alboroto que a lo largo de los primeros meses de 1930 supuso su presencia en diferentes actos públicos, el protagonismo de Unamuno en la conformación de la naciente República fue mucho menor que el que Ortega y Gasset ejerció en la coyuntura del cambio de régimen. Éste obtenía así el liderazgo intelectual que, desde hacía más de una década, se disputaba con Unamuno.

A la esfera orteguiana se aproximó Marañón en esos últimos años de la década, ¿cómo se produjo ese acercamiento entre ambos? En esos años, además de las muestras de afecto a las que nos hemos referido, ambos trataron de atraer la firma del otro a las diferentes empresas editoriales en las que estaban involucrados. Así, mientras Marañón solicitó a Ortega obras para publicar en los *Cuadernos Científicos* que la editorial Calleja le había encargado dirigir junto a los doctores Tapia y Hernando, Ortega, por su parte, le pidió trabajos, por ejemplo, para la *Revista de Occidente*. Sin embargo, aunque ambos fueron sensibles a las iniciativas del otro, podemos señalar que apenas participaron el uno en los ámbitos del otro, ni Marañón en el grupo que rodeaba a Ortega –fundamentalmente, en *El Sol* y *La Revista de Occidente*–, ni el filósofo en el entorno del médico –lógicamente, esto no fue óbice para que pudieran tener buena relación con personas que frecuentaban esos ámbitos.

En todo caso, fue en ese año referencial de 1925 cuando se inició el acercamiento entre ambos que estamos glosando. En ello fue determinante que a partir de esa fecha es cuando comenzó a ser más evidente la crítica de Ortega al Directorio. Marañón, como otros intelectuales, había afeado su postura al margen de la implicación política³⁶. Una vez que Ortega hizo explícito su distanciamiento del mismo, desde ese momento, la correspondencia entre ambos que hasta entonces había sido, básicamente, de cortesía, muestra el acercamiento mutuo.

Con todo, esa aproximación fue paulatina y tampoco estuvo exenta de ciertas fricciones. Las principales surgieron con motivo de las publicaciones de divulgación y orientación científica de ambos. Ejemplo ilustrativo de ello son las consideraciones de ambos a propósito del deporte. Marañón había publi-

³⁵ Santos Juliá describe ese recibimiento y sus implicaciones sobre la situación política española de 1930 en S. JULIÁ, *Historia de las dos Españas*. Madrid: Taurus, 2004, pp. 210-217.

³⁶ Marañón criticó esa postura orteguiana en *La época*, 3 de abril de 1925. Así lo ha señalado P. AUBERT, "Intelectuales y cambio político", en J. L. GARCÍA DELGADO (ed.), *Los orígenes culturales...*, ob. cit., p. 82. S. Juliá ha insistido en la crítica que hacia la postura de Ortega realizó, por ejemplo, Manuel Azaña. Véase S. JULIÁ, *Historia de las...*, ob. cit., pp. 206-208. J. ZAMORA BONILLA ha estudiado la relación de Ortega con la Dictadura. Véase *Ortega y Gasset*, ob. cit., pp. 235-261.

cado en diciembre de 1924 su ensayo «Sexo, trabajo y deporte» en la *Revista de Occidente* en donde sostenía que el deporte, además de tener virtudes innegables para la salud del individuo, estaba teniendo un efecto nocivo sobre las jóvenes generaciones al ser considerado como sustitutivo del trabajo y no meramente como juego recreativo³⁷. Por el contrario, como ha señalado Javier Zamora, para Ortega «la actividad deportiva, aquélla que tiene un sentido superfluo y libérrimo, es la primera, más creadora, más elevada, seria e importante de la vida humana. El trabajo, es sólo decantación de ésta»³⁸. Otros puntos de divergencia fueron las tesis de Marañón sobre intersexualidad. Ante la polémica suscitada por las mismas, Ortega le pidió ciertas explicaciones para lo que Marañón le propuso la lectura de un prólogo que escribió por entonces a la monografía del científico letón Alexander Lipschütz como resumen de sus consideraciones³⁹. En cualquier caso, de esas divergencias ha quedado constancia en la correspondencia cruzada por ambos. Así, en carta de septiembre 1925, se trasluce cierto malestar de Ortega por las diferencias de criterio que sostenían:

Una cosa que sentía, desde hace tiempo, la necesidad de decirle, emanada de un fondo cordialísimo hacia usted que creo no le haya pasado desapercibido. Mi entusiasmo hacia usted me hace desear verle siempre incontaminado del pensar común, en posiciones verdaderamente peligrosas de avanzada intelectual y sosteniendo una actitud impertérrita de explorador de las altas casas. Ninguna otra postura de usted puede satisfacerme en usted. Y aunque sea todo ello un error de mi parte será un error que contiene el más delicado homenaje. Siendo esto así ¿por qué he de ocultarle que no me gusta verle coincidir con grupos demasiado amplios?

[...] El tiempo, tan galantísimo, dirá si tengo razón o si veo fantasmas pero, entretanto, amigo Marañón, discrepemos y seamos amigos juntamente.

Es evidente que esa disparidad no agradaba a ninguno de sus protagonistas. Así, dos meses más tarde, a comienzos de noviembre de 1925, era Marañón el que trataba de atajar los recelos del filósofo:

³⁷ G. MARAÑÓN, «Sexo, trabajo y deporte», *Revista de Occidente*, n.º. 18, diciembre de 1924.

³⁸ Este autor desarrolla esta idea y su relación con el Estado. Véase J. ZAMORA BONILLA, *Ortega y Gasset*, ob. cit., p. 247. Ortega se refirió a la cuestión deportiva en J. ORTEGA Y GASSET, «El origen deportivo del Estado», *La Nación*, Buenos Aires, febrero 1925. Posteriormente «El origen deportivo del Estado» pasó a *El Espectador*, t. VII, *Revista de Occidente*, Madrid, 1930 (*Obras Completas*, II, 705-719).

³⁹ El prólogo al que se refiere es G. MARAÑÓN, «Breve ensayo sobre la intersexualidad en la clínica», prólogo al libro de A. LIPSCHÜTZ, *Las secreciones internas de las glándulas sexuales*. Madrid: Javier Morata, 1927 (*Obras Completas*, ob. cit., vol. I, pp. 47-60).

Me ha hecho pensar mucho lo que me dice Vd. de mi oposición a sus puntos de vista. Es cierto que, salvando siempre las diferencias en el nivel intelectual, en varias ocasiones mi modo de pensar ha sido distinto del suyo, en las cosas que escribe sobre puntos que me interesan también. Se debe esto, sin duda, al modo diferente de mi educación científica, a mi modo de vivir y a mi temperamento [...]. Nunca he dudado que si alguna vez llegan a sus oídos opiniones mías, no conformes con las suyas, jamás pensará que ello menoscaba la sincera y profunda adhesión espiritual que le tengo. Sin que en ella entren para nada otro orden de sentimientos que me ligan a Vd., como la gratitud, por la bondad con que siempre ha acudido en momentos enconados para mí, a demostrarme su afecto, que no podré pagarle nunca⁴⁰.

Apenas veinte días más tarde, Ortega, al enviar unas publicaciones suyas a Marañón, le confesaba que había “vacilado, mucho en mandarle esas páginas mías porque siempre tengo la sospecha de que mis ideas le van a usted un poco al redropelo y quisiera evitarle enojos”. Con todo, aunque las diferencias son manifiestas, las cartas que se dirigen a partir de entonces no son ya de mera cortesía. En cualquier caso, resulta evidente que, hasta entonces, estos dos liberales no vivían en sintonía intelectual total o, al menos, así lo percibían los mismos protagonistas. Cierto es que los desencuentros eran puntuales y que compartieron muchos ámbitos y temas de interés. Entonces ambos reflexionaron, por ejemplo, acerca del amor y la sexualidad. Si Marañón insistía en la necesidad de que, por encima del impulso instintivo, se primasen los principios *eugenéticos* —que para él consistían, básicamente, en que la reproducción humana se racionalizara para evitar el envejecimiento prematuro de las mujeres y la alta mortalidad infantil— y cierta *conveniencia* en los matrimonios —que cifraba en no casarse exclusivamente por amor sino teniendo en cuenta la salubridad de los contrayentes y la estabilidad socioeconómica que iba a tener el matrimonio en ciernes—, Ortega también diferenciaba el amor del enamoramiento y de la pasión sexual⁴¹. En cualquier caso, Ortega sentía una alta consideración y respeto por Marañón y viceversa.

En los años que siguieron a ese de 1925, la correspondencia entre Ortega y Marañón refleja mayores puntos de encuentro que de desencuentro. Prueba —cierto que superficial— de este acercamiento es, por ejemplo, la carta en que Marañón expresaba su emoción “al ver mi nombre delante de uno de esos

⁴⁰ Citada por M. GÓMEZ-SANTOS, *Gregorio...*, ob. cit., p. 252.

⁴¹ J. ORTEGA Y GASSET, *Estudios sobre el amor*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1939 (*Obras Completas*, V, 549 y ss.). Esta obra recoge sus escritos sobre esta materia de 1926 y 1927. ZAMORA BONILLA estudia el concepto de amor en Ortega. Véase *Ortega y Gasset*, ob. cit., p. 257.

ensayos suyos, en los que toda la juventud actual ha encontrado, voluntaria o involuntariamente, gran parte de su modalidad psicológica. Créame también que ello constituye la máxima recompensa para mi labor. Presumo de ser uno de los españoles que con más minuciosidad y mayor fervor conocen la obra de Vd. Figúrese, pues, el entusiasmo con que habré leído el admirable ensayo que hoy comienza”. Obviamente, hubo muestras de mayor calado de esa aproximación en el último lustro de la década. Así por ejemplo, Marañón expresó a Ortega en 1927 su felicitación por su *Mirabeau o el político*, ensayo donde el filósofo se refería, entre otras cosas, a la diferencia entre el intelectual y el político y donde apostaba por una reforma de la Dictadura hacia una situación liberal y democrática, algo que Marañón aplaudía e indicaba que su escrito había hecho “el efecto del brillo de una espada, antes de degollar a alguien. He hablado con mucha gente: ha hecho un gran efecto”⁴².

Esta consideración nos da pie para señalar que fue la cuestión política la causa última que unió las voluntades de estos dos hombres. Ya por entonces en abierta oposición a la Dictadura, ambos se solidarizaron con la situación del otro. Si Marañón había recibido el apoyo de Ortega particularmente durante su encarcelamiento en el verano de 1926, éste lo recibió de Marañón a lo largo de 1929. El motivo fue la aprobación, en 1928, del Estatuto Universitario impulsado por el Ministro de Instrucción Pública, Eduardo Callejo. La nueva normativa favorecía que las congregaciones religiosas de Deusto y de El Escorial pudieran presentar a sus alumnos como oficiales de la Universidad estatal. Desde las páginas de *El Sol* las críticas a esta medida fueron durísimas. En marzo de 1929, se produjo una protesta estudiantil reprimida duramente por el régimen –se cerró la Universidad y se persiguió y encarceló a profesores y alumnos–, tras la cual, Ortega y otros profesores –entre los que estaban, Fernando de los Ríos, Jiménez de Asúa o Sánchez Román–, renunciaron a su Cátedra. Marañón, en carta de agosto de 1929, celebró que “el gobierno ha[ya] aceptado su renuncia a la Cátedra. Con este motivo, deseo expresarle, una vez más, mi adhesión entusiasta. Tengo tal certeza de que, a pesar de las apariencias de frialdad, esta conducta será infinitamente fecunda en un próximo porvenir”⁴³.

Así fue. Con la caída de Primo de Rivera, la evolución política e intelectual de Ortega y Marañón se cifró en su vinculación con el republicanismo. Su presencia pública en 1930 fue extraordinaria. Como ha señalado Santos Juliá ese

⁴² Como explica Javier ZAMORA, los conceptos liberal y democrático en la época estaban confundidos cuando en realidad eran conceptos diferentes. Véase *Ortega y Gasset*, ob. cit., pp. 248-249.

⁴³ Citada completamente por M. GÓMEZ-SANTOS, *Gregorio...*, ob. cit., p. 284.

año “merece ser adjetivado como de intelectuales”⁴⁴. Como ha mostrado la historiografía, Marañón y Ortega fueron protagonistas fundamentales de los acontecimientos que se desarrollaron entonces en España. En esos momentos que se pueden denominar de *transición*, la efervescencia e influencia de los intelectuales en la vida política consistió en su implicación en acontecimientos como la visita de algunos de ellos a Cataluña –comitiva en la cual estaban presentes nuestros protagonistas–, el Pacto de San Sebastián de agosto de 1930 –en el que estuvo presente el hermano del filósofo, Eduardo, y al que Marañón envió su adhesión–, o en la interpretación que dieron a la sublevación de Jaca de finales de ese año –cuando Marañón vio en Galán y García Hernández dos mártires de la causa republicana–⁴⁵.

Con todo, fue la *Agrupación al servicio de la República* (ASR), creada por Ortega y Marañón, junto a Pérez de Ayala, a comienzos de 1931, la empresa a través de la cual articularon aquellos liberales su impulso a la causa republicana. Como ha indicado Margarita Márquez la Agrupación fue “la culminación de la obra política de los intelectuales como grupo en la historia de España”⁴⁶.

4. Conclusiones

En este trabajo se ha estudiado la ubicación de Gregorio Marañón en la conocida *pugna intergeneracional* entre Miguel de Unamuno y Ortega y Gasset en los años anteriores a la coyuntura republicana. Desde un punto de vista metodológico, este tipo de estudios –sin duda, de carácter subjetivo y de una trascendencia relativa–, resultan ampliamente reveladores para el historiador que se acerca a un período dado. Si parafraseando a Ortega, el hombre no tiene naturaleza sino que tiene historia, no cabe duda que la biografía, las relaciones interpersonales y los efectos que sobre la vida de los protagonistas tiene el acontecer histórico, tienen un interés indudable. El análisis realizado muestra la irregular relación intelectual entre los pensadores estudiados lo que pone de manifiesto que, historiográficamente, se ha de huir de las generalizaciones sobre la ascendencia del pensamiento de unos sobre otros y que, en cualquier caso, cuando se hable de pensadores de esta entidad, se ha

⁴⁴ S. JULIÁ, *Historia de las...*, ob. cit., p. 209.

⁴⁵ De hecho, con este último motivo, Marañón señalaba a Pérez de Ayala “que ahora debemos iniciar la glorificación de Galán y su compañero, mártires de la libertad [...] Este punto de los dos hombres sacrificados tan insensatamente hay que aprovecharlo, porque es justo y muy eficaz ¿qué te parece que puede hacerse?”. FGM. Marañón a Pérez de Ayala. Signatura 2-7. Citado por M. GÓMEZ-SANTOS, *Gregorio...*, ob. cit., p. 311 y, también por M. MÁRQUEZ PADORNO, *La Agrupación al servicio de la República*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2003, pp. 64-65.

⁴⁶ M. MÁRQUEZ PADORNO, *La Agrupación...*, ob. cit., p. 245.

de estudiar pormenorizadamente su influencia mutua. Tres tesis fundamentales se han sostenido en estas páginas. La principal es que, en el período estudiado, Marañón se mostró más cercano al liderazgo unamuniano, al menos, hasta 1925. Segunda, fue la oposición a la Dictadura de Primo de Rivera la que determinó la cercanía de Marañón primero con Unamuno y después con Ortega. Y, tercera, fue la quiebra de la institución monárquica la que terminó de aunar a Ortega y Marañón en torno de un ideal político común: la causa republicana. ●